



CAPÍTULO III

Los grandes destinos de José.

I

EN la genealogía de nuestro Señor Jesucristo hallamos lo siguiente: Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesús que se llama Cristo (1). Con esta admirable sencillez aparece en el Evangelio el gran José, no como progenitor del Mesías, sino como esposo de la Inmaculada y santísima Virgen María, Madre de Jesús. Esto nos revela el destino que Dios ha señalado á José en el gran misterio del amor de Dios. Es el esposo de María, y tendrá que extender sobre su esposa un manto de pureza que la libre de toda sospecha cuando venga al mundo el divino Redentor. Su Madre santa se presentará delante de los hombres como la casta esposa de José. El mundo no tenía que recibir una luz de la cual no era digno, ni estaba en con-

(1) Matth., I, 16.

diciones de poder aprovecharla, y era necesario substraer á su maledicencia, á la Virgen más pura que los ángeles de Dios, la inocentísima é incomparable Esposa del Espíritu divino.

El manto de José la cubre con su sombra... ¡Oh Santo mil veces dichoso! antes que Vos la cubrierais con vuestra dulce y amorosa sombra, el Espíritu de Dios la había cubierto con sus blancas alas, y la tenía guardada en su mismo seno; porque era la Esposa preferida de su amor; y entre todas sus esposas, es la más santa y perfecta, la más hermosa y amable.

El destino de José, destino sublime y en verdad admirable, tiene en sí mismo una grandeza que no podemos medir, ya que se refiere á la honra de la Madre de Dios, y á la honra también de Jesucristo. ¡Qué destino tan glorioso y sagrado!

Dios destinó á nuestro Santo para verdadero esposo de la Inmaculada y santísima Virgen María, cuyo matrimonio fué conveniente para que Jesucristo nuestro Señor no fuese despreciado de los infieles, como nacido ilegítimamente. Además, de esta manera la genealogía del Salvador podía formarse, como era costumbre, por la línea masculina. El que vino al mundo, dice san Ambrosio, debió ser descrito según la costumbre del mundo. Si se trata de la persona de un hombre que reivindicara la dignidad de su linaje en el Senado y en los demás cargos de las ciudades, la costumbre de las Escrituras nos instruye sobre el particular, indagando el origen del varón (1). Convino tam-

(1) In Luc. C. 3.

bién el matrimonio de la Virgen Santísima con Señor san José, por la tutela del Niño, con el fin de evitar que el diablo no tuviese gran empeño en perjudicarlo. A esto se refiere san Ignacio cuando dice que María fué desposada para que su divino y virginal alumbramiento quedase oculto al demonio.

Añadamos que el Niño tendría que ser alimentado por el santo Patriarca; y por esta razón fué llamado Padre de Jesús como nutricio.

Respecto de María, el matrimonio la libraba de la infamia y del castigo; y en Señor san José tendría quien la ayudase en todas las necesidades de la vida.

En cuanto á nosotros, ese matrimonio nos certificaba por medio de José que Jesucristo había nacido de una virgen; y la conducta de nuestro Santo sería sin duda un testimonio elocuentísimo de la incomparable pureza de María; pues si él no hubiese sabido el misterio de la concepción inmaculada del Hijo de Dios, no sólo hubiera sentido el agravio, sino que habría podido vengar la injuria. Por otra parte, las palabras de la inocentísima y purísima Virgen Madre con las que aseguraba su virginidad, se harían más creíbles, y alejarían toda sospecha; pues siendo casada no había motivo para mentir; porque el premio y la gracia del matrimonio es la fecundidad (1); y verificándose en María que fuese desposada y virgen, la virgi-

(1) D. Ambros. cit.

nidad y el matrimonio quedaban honrados en la Madre purísima de Dios (1).

Las razones que acaban de exponerse, hablan á nuestra piedad cristiana con una elocuencia encantadora y nos llenan de celestial dulzura. En efecto, el honor del Hijo de Dios y de su Madre santísima se nos presentan como uno mismo: lo que infamase á la Madre deshonoraría también al Hijo; mas el vínculo sagrado que ha unido los destinos temporales de María y José, impide la infamia y aleja la deshonra. Cubre José al Hijo y á la Madre, con un manto de gloria: es el Esposo de María...

José protege al Hijo de Dios y á su divina Madre, según lo que acabamos de decir. Ese amparo, esa protección, si así queremos llamarla, revelan una dignidad y una grandeza verdaderamente admirables; y son en realidad una maravilla que no podemos comprender.—*Obediente Domino voci hominis*. Tal es el gran prodigio que se nos refiere en la Escritura cuando Josué pronunció estas palabras: Sol, detente sobre Gabaón: Luna no te muevas sobre el valle de Ayalón (2).—Dios obedece á sus criaturas; condescendencia adorable de su grandeza infinita; mas ahora tenemos que una criatura protege y ampara á su Dios, y salva su honra delante de los hombres. Esta condescendencia, esta manifestación del amor de Dios, con respecto á José, nos le presentan cual instrumento

(1) 3, p. q. XXIX, a. I.

(2) X, 12, 14.

precioso de las maravillas del Eterno; divinas maravillas que abren nuestros labios para cantar la gloria y la grandeza del castísimo Esposo de María; y una y mil veces bendecimos y ensalzamos la unión inviolable y sagrada de José y María.

Mucho es, en verdad, lo que la Madre de Dios debió á su Esposo, que no permitió que el brillo de la pureza inmaculada de esa Niña se llegase á empañar con el impuro aliento de la calumnia y la maledicencia. ¿Cómo queremos que María haya pagado semejante deuda? Sus ojos de paloma, se fijarían con indecible ternura en los virginales ojos de su Esposo, expresándole su gratitud inmensa y su incomparable cariño.—A su vez Jesús pagaría á José llenando su alma de divinas gracias.

En verdad que todo el ministerio de José era una gracia que le obligaba enteramente para con Dios nuestro Señor; mas esto no quita que Dios, en su bondad inmensa, quisiera tenerse como obligado para con su siervo, y pagase con espléndida munificencia cuanto por El y por su santa Madre hacía José.

Nosotros que amamos al Hijo y á la Madre, á quienes pertenecen nuestros más dulces afectos, y en quienes tenemos nuestras delicias ¿no estaremos enteramente obligados para con José, que cubrió con su sagrado manto, y libró de toda infamia á Jesús y á María, y que empleó tantos cuidados y desvelos á fin de atender á sus necesidades? Si no tuviesemos más que este motivo para amar á José y manifestarle toda la gratitud de nuestras almas, tal motivo sería sin duda más que

suficiente para ello: nos sentiríamos ligados con cadenas de amor; y le diríamos, al desahogar nuestra ternura: bendito seáis mil veces, oh Esposo de María, oh Padre putativo de Jesús, que con una solicitud amorosísima habéis cuidado de esos seres que nos son tan queridos, y para los cuales fué tan benéfico vuestro santo matrimonio.

El espíritu de las tinieblas podía conocer, por virtud de su naturaleza, que la Madre de Dios conservaba su purísima virginidad; mas Dios no dejó que conociese el modo del divino alumbramiento de María; esto sin embargo, no era un obstáculo para que después conociese de alguna manera el demonio, que Jesús era el Hijo de Dios; mas era preciso impedir durante la infancia del Señor, que le persiguiera el diablo con todo su furor; porque en ese tiempo Jesucristo no estaba dispuesto ni á sufrir, ni á desplegar su poder (1); sino que en todo se mostraba semejante á los otros niños.

Nada, nada conseguirá el domonio contra Jesús Niño, y ¿por qué? porque le cubre con su manto el Esposo de María; porque ese Niño aparece á los ojos de los hombres como los demás descendientes de Adán. ¡Admirable sabiduría de la Providencia del Señor! Sólo el Espíritu divino puede penetrar en los consejos de Dios; y Dios escoge para instrumento de sus altísimos designios á José; le da por esposa á la futura Madre de su Verbo divino; y de esta manera la sabiduría de Dios ilumina con los más suaves y hermosos resplandores de su luz

(1) Ad 3.

la cuna del Hijo de Dios, por otra parte, humildísima, y que no podía llamar la atención de los mortales. El príncipe de los soberbios, el demonio, quedó sin luz, y no llegó á conocer la pureza virginal de la divina Madre; pues entre esta santísima Señora y el abominable enemigo de los hombres, Dios había puesto el manto sagrado de José.

Entre María y José hubo verdadero matrimonio; y se llama verdadero cuando llega á su perfección. Ahora bien: la perfección es de dos clases, primera y segunda. Consiste la primera en la forma, de donde se toma la especie; la segunda consiste en la operación, que se dirige á su término.

Refiriéndonos al matrimonio, su forma está puesta en la unión indivisible de los ánimos, por la cual los cónyuges están obligados á ser fieles el uno al otro. Esta primera perfección que constituye verdadero en absoluto el matrimonio, la hallamos en el de la Virgen Santísima con Señor san José.

No te extrañe, dice san Ambrosio, que la Escritura, dé frecuentemente el nombre de esposa á la Virgen Santísima, porque la celebración de las bodas no trae consigo la corrupción de la virginidad; testifica únicamente el matrimonio (1).

El matrimonio de que hablamos no tuvo la segunda perfección, que no podía corresponderle por su santísima pureza y por los designios que sobre

(1) In Luc., Cap. I.

él tenía la providencia del Señor; y sin embargo, todo el bien de las bodas, dijo san Agustín, se cumplió en los padres de Jesucristo: la prole, la fidelidad y el sacramento: conocemos por la prole á Jesucristo, la fidelidad en que no hubo adulterio, y el sacramento porque no hubo divorcio (1). Así eleva y santifica, así llena de encantos y bellezas, el matrimonio de María y José, cuantos bienes hay en los otros matrimonios. Aquel matrimonio santísimo, exhala la más suave fragancia de la pureza virginal; es un lazo precioso de oro que une, no los cuerpos, sino las almas de María y José, llenas de gracia y de toda virtud y santidad. En fin, la incomparable y celestial unión de María y José, por medio de Jesús, concebido en el purísimo seno de María por obra del Espíritu santo, tiene un bien inmenso en Jesucristo, fruto de vida eterna que vino al mundo para derramar en él un olor de santidad más suave que el aroma del incienso, que hace florecer las azucenas, que exhala celestial fragancia, que produce graciosas ramas, y pone en nuestros labios cánticos de bendición y de alabanza (2).

II

José, esposo de María y padre putativo de Jesús. Semejantes títulos nos revelan una dignidad altísi-

(1) De nup. et comcupis. L. 1, c. 2.

(2) Eccli., XXXIX, 18, 19.

ma, y atesoran las más preciosas gracias de los cielos. El gran Gersón, al contemplar aquella dignidad y estas gracias, exclamaba: ¡Oh sublimidad incomparable, oh dignidad altísima la de José: la Madre de Dios, la Reina del cielo, la Señora del mundo, le llama Señor! (1). Y con toda verdad así debe ser llamado, porque Dios quiso constituirle jefe de la Sagrada Familia, que sin duda alguna preside á todas las familias cristianas. Por esto el Hijo de Dios pudo decirle lo que dijo Faraón al antiguo José: Tú tendrás el gobierno de mi casa; y al imperio de tu voz todo el pueblo tendrá que obedecer: yo no tendré sobre ti más preeminencia que la del trono real... y sin tu orden, ninguno moverá pie ni mano en toda la tierra de Egipto (2). Nosotros diremos: en todo el imperio de Jesús.

No es José el soberano Señor de los que mandan; porque esto sólo á Dios corresponde; mas le llamamos Señor, no solamente por su dignidad sublime y que exige la veneración de los mortales, sino, además, por los cuidados y desvelos con que atiende al pueblo que Dios le ha encomendado, la Iglesia de Jesucristo nuestro Señor.

Señor san José: así se le llama; y en verdad que ese nombre despierta en nosotros sentimientos de respeto y de veneración. Al pensar en El, nos parece descubrir en su semblante una majestad y una grandeza que se imponen por sí mismas y nos

(1) Serm. de Nativ., B. V.

(2) Gon., XLI, 40, 44.

contienen y humillan; y sin embargo, saben inspirarnos una confianza filial. Nos acordamos de Jesús, nuestro hermano primogénito: José le lleva en sus brazos, y le estrecha contra su seno, y le acaricia con inefable y dulcísima ternura; y preguntamos: ¿no se acordará de los hermanos de Jesús, de nosotros, ni nos verá con ojos paternos? La santa protección que nos dispensa y que jamás se ha interrumpido, responde á nuestras preguntas: Señor san José es grande y sublime, mas siempre amable y bondadoso, siempre benigno para todos los cristianos.

El ministerio de José fué nobilísimo, por referirse al orden de la unión hipostática del Verbo con la naturaleza humana; por esto ordenaba sus trabajos y acciones á la persona de nuestro Señor Jesucristo: le guarda, le alimenta y le ejercita en el oficio de carpintero. Y Aquel con quien desempeña esos ministerios, es el Hijo de Dios...

Hay algunos ministerios, dice Suárez, que pertenecen al orden de la gracia que se llama *gratum facientem*; y en éstos tienen los apóstoles el primer lugar; y para su desempeño necesitaron mayores auxilios de la gracia. Existen otros ministerios más elevados y perfectos que los que acabamos de nombrar, y son los que tocan al orden de la unión hipostática, y en éstos se halla el ministerio de José.

La unión hipostática es un misterio de amor y de misericordia que nos ha revelado la bondad infinita de Dios para con los hombres; todo en ese misterio es piedad y dulzura, benignidad y gracia;

y al recordarlo, no sólo pensamos en el Hijo de Dios y en su Madre divina, sino también en José, que se nos presenta abriendo su corazón para recibir en él los más ricos tesoros de la gracia; tesoros tan abundantes, que no podrá encerrarlos en su seno y tendrá que derramarlos sobre nosotros.

José protegiendo al mundo, y haciéndole participante de los espléndidos tesoros de la gracia con que Dios le ha enriquecido.

¿De dónde á José esa opulencia admirable de celestiales dones, y tantos privilegios con que se presenta á nuestros ojos? El Hijo de Dios le ha acercado al gran sacramento de piedad, al misterio de su santa Encarnación; y aquel Hijo es luz, es amor; y los que á El se acercan son iluminados, y Dios los abraza en el fuego de su santa caridad. Mas José no guarda ocultos en el pecho ni la luz, ni el amor que ha recibido. Basta para convencernos de lo que decimos reflexionar en la enseñanza que acerca de la Encarnación nos da este santísimo Patriarca. Con su conducta nos asegura la virginidad de su inmaculada Esposa; y volviéndose á nosotros, y designando á María, nos dice: *Ecce virgo concipiet...* mi Esposa inmaculada y santa, es la Virgen que anunció Isaías; Ella ha concebido y dará á luz un Hijo que tendrá por nombre Emanuel, Dios con nosotros.

El testimonio de José que guardaba la inocencia y la pureza de María su esposa, es irrecusable; y derramando una luz celestial, cuanto es posible en el profundo misterio de la Encarnación, nos lleva por la senda hermosa y florida de la fecunda

virginidad de nuestra Señora hasta la Persona del Hijo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, que se hizo hombre por salvarnos.

José nos comunica el fuego del amor divino al mostrarnos en su elección tan maravillosa como singular, la fuente viva de la misericordia de Dios para con los hombres. Esa misericordia se ha derramado sobre José con toda abundancia, y llega hasta nosotros revelándonos que la pureza y la humildad nos acercan á Dios y le inclinan á comunicarnos sus más preciosos dones.

Nuevas enseñanzas de ciencia y amor nos comunica la vida de José en sus relaciones con el Hijo de Dios, de quien salía continuamente el manantial de la divina gracia. Esta gracia no hallaba el más ligero impedimento en el alma de José, sino todo lo contrario, una disposición excellentísima. Siendo esto así, ¿podremos comprender cuántos fueron los dones celestiales con que el Hijo de Dios enriquecía, casi sin interrupción, á este su siervo fidelísimo, su padre putativo?

En la abundancia de las divinas gracias no puede olvidarse el amor de Dios para con aquel á quien se digna dispensarlas; y Jesús amaba á José con singularísimo cariño, con amor verdaderamente filial, porque era su padre putativo, y cumplía respecto de Jesús los oficios de padre.

José no vivió en compañía de Jesús solamente por algunos meses, sino por muchos años, durante los cuales las palabras del Hijo de Dios, y sus acciones, y en fin, toda su conducta, eran para José una enseñanza verdaderamente divina; un

ejemplo de la más elevada santidad que le inspiraba aliento, y le daba esfuerzo, y le hacía caminar sobre las huellas del Hijo de Dios que descendió al mundo para enseñar á los hombres el camino del cielo; y José imitaba con tanta perfección los santísimos ejemplos de Jesús, que el Niño divino puede decirnos: Trabajad en mi servicio y amadme, como lo hizo José.

Este admirable y gloriosísimo Santo, trabajaba sin descanso por Jesús, vivía para su gloria, y adelantaba diariamente en perfección y gracia. Ni el cansancio, ni el fastidio, ni el descuido se apoderaban de su espíritu; su gozo en el Señor y su amor ardentísimo á Jesús eran las alas que elevándole sobre todo lo terreno, lo llevaban hacia Dios, para bendecirle y glorificarle con todos sus afectos.

¡Quién nos diera seguir con todo esfuerzo y constancia las huellas luminosas de José! Imitadme, nos dice, como imité á Jesucristo. Al oír esta voz de esfuerzo y consuelo, le dirigimos esta humilde plegaria: Alcanzadnos la divina gracia, tomadnos de la mano y conducidnos por las sendas que recorristeis en la vida. Vuestro glorioso y santo patrocinio, allanará las dificultades, sostendrá nuestros pasos vacilantes, y adelantaremos en los caminos del Señor, cantando la gloria de su gracia y bendiciendo las misericordias que, por vuestros ruegos, hemos recibido de la Bondad Divina, á quien damos todo honor y gloria.



CAPÍTULO IV

Las pruebas del justo.

I

GRANDE es el amor de Dios para con sus fieles servidores; mas ¿cuál es la prueba de ese amor, y de qué manera les revela Dios que son aceptos á sus divinos ojos? La prueba del amor es el sufrimiento, y este mismo revela que aquellos á quienes el Señor hace participantes del cáliz de su pasión, á quienes lleva por el camino de las penas, son aceptos en su divina presencia.

¿En dónde están los santos á quienes Dios haya prodigado en este mundo, no adversidades y contradicciones, no dolores y padecimientos, sino consuelos y delicias?

Caminan los santos hacia el cielo, y el camino del cielo no es la vía espaciosa de que habla el Evangelio sino la otra estrecha y difícil que tiene por término la vida eterna.

Tobías fué probado por Dios que le quitó la